# BAJO EL CIELO DE SAN CRISTÓBAL DE LAS CASAS

Luis Alberto Marín

*a mi tía Josefa Aguilar*

## *1. El columpio y la galera*

Ángela Inés, Ángela Inés, brinca una, dos y tres, brinca una y otra vez, corre aquí, corre allá, al derecho y al revés: las piernitas blancas y regordetas de Ángela Inés van y vienen saltando afanosamente de un banco de madera a otro en el ancho patio; cuando sube, el cubo de madera suena hueco y bofo, allá va, allá va, allá viene, viene y va, cuando baja, los pequeños jirones de polvo forman manchas bermejas en los zapatos, las calcetas y la orilla de encaje del vestido blanco, cuando sube es una nube, cuando baja es una paja, sube y sube, sube y baja; Maruca, en cambio, da vueltas a su alrededor, cantando y echando en la cabeza de Ángela Inés, espigas de zacatón alto que ha arrancado de las orillas del muro de adobe, yo te doy mi corazón, tú me das sólo una flor, mientras Pepita, la más pequeña de las tres, sentada como está en un alto tronco de piñón donde la tienen las hermanas, ríe y mueve las manecitas, brinca una, dos y tres, brinca una y otra vez, pronunciando en su media lengua sólo la última sílaba de cada frase, y cada vez que Maruca va en busca de más espigas verdes, le da un manojo para que las eche al aire, y ella grita y se ríe más todavía cuando la hermana le pica la nariz con las delgadas puntas del zacate, corre aquí, corre allá, al derecho y al revés. Luego Ángela Inés, agitada y ojerosa, deja de correr y se va a sentar junto a Pepita sacudiéndose el ruedo del vestido, diciendo ya me cansé, mejor vamos al columpio: ¡sí, al columpio, al columpio!, dicen todas. En su carrera a pasos cortos, la pequeña no se percata de la enorme raíz saliente del sauce, que atraviesa en diagonal un tramo del patio, y se tropieza yéndose de bruces. Cuando Maruca se da

cuenta, la niña ya se ha levantado por sí sola sobre su costado, y le sacude el polvo y las pajitas adheridas al vestido hecho de percal y a la cabecita lacia y castaña. Sus ojitos negros se mueven vivaces, ansiosos, suplicantes, y apenas llega al columpio grita yo primero, yo primero, aferrándose de la cuerda con gestos caprichosos. Ángela Inés, sin soltar el lazo desde su postura rígida, le hace un mohín de mejor tú al último, chiquita, intentando convencerla con la voz jadeante todavía, porque sabe que una vez arriba no hay manera de bajarla. ¿Y cómo? Más tardarían en quitarla del columpio que don Belisario Aguilar, el padre, avisado por los berridos de la niña, las regañaría sin miramientos y las obligaría a meterse al corredor, diciéndoles aquí se van a estar, indizuelas, sin moverse, y cuidadito la que esté peleando o esté pensando en irse de nuevo al patio porque la traigo de las orejas, de manera que pudiera verlas desde la ventana de su cuartito de joyero mientras engarza pulseras, gargantillas y cadenas, arregla leontinas o da al oro formas de anclas con diminutos Cristos adosados. Cuando esto sucedía, Maruca y Pepita se distraían aplastando hormigas o lombrices en las jardineras, pero Ángela Inés, en cambio, echada en el viejo taburete, se quedaba inexpresiva, mirando sin mirar la amplia extensión manchosa del terreno, la ondulación de la arenisca dispersa, las muñecas de trapo, solitarias, impávidas bajo el sol sobre una manta vieja, el juego de té sobre una fogata fingida con astillas y pedruscos, la barda de adobe del fondo, carcomida por la lluvia, destejada y siempre como a punto de caerse y, más allá, la mancha dispareja de tejados ennegrecidos, coronada por la fachada blanca de la iglesia de la Ermita de Guadalupe y, encima, muy encima de todo, el cielo salpicado apenas de neblina de San Cristóbal de Las Casas, con sus nubes diluidas, desmanchadas, casi inexistentes, en el marco de montañas sinuosas de aquella tierra fría.

A Pepita se le desaparece la risa, siente en el estómago una bolsa de aire que le sube a la boca, siente el aire abriéndose entre sus piernas, sus manos como garfios en la soga, pero eso le gusta del columpio: el frío seco en el rostro, el miedo en la punta de los de-

dos, la tierra moviéndose bajo sus pies, la sensación de acercarse un poquito a la gran boca de cielo, y no le importa que sus hermanas la lancen lo más alto, agárrate bien, no te vayas a caer, chiquita, lo más alto que pueden porque no se resignan a que ella haga suyo el columpio casi todo el tiempo, que tengas mucho cuidado, no seas así, déjanos subir sólo una vez, chiquita, y el columpio más y más alto, cometa en forma de péndulo, y el miedo apretando el fuelle de su respiración, pero en un gesto impensado y temerario, no hagas eso, chiquita, Pepita suelta una soga: necesita una mano para mesarse el cabello que molesta sus ojos, que le tapa la cara; cuando Maruca y Ángela Inés intentan sujetar el columpio, te dije que no lo hicieras, chiquita, el cuerpecito resbala, se suelta, emprende una voltereta, da un grito ahogado y queda en el suelo con los brazos abiertos, los ojos dos nichos enormes fijos en el vacío y la cara un pañuelo blanco. Las hermanas se miran y se tapan la cara por un instante y corren musitando frases híbridas, nerviosas, encimadas, ¿te pasó algo, chiquita?, el columpio colea, cadencioso, dejado a su propia inercia, ¿por qué no lloras, chiquita? Cada una le toma una mano, la miran y luego se miran de nuevo como atontadas, ahora sí nos van a pegar, dice Maruca, sin atreverse ninguna de las dos a culparse entre sí, ¿por qué no hablas, chiquita?, pero Pepita no entiende por qué su lengua es como un trapo y su garganta una bola que no la deja hablar ni llorar, ni por qué el aire no vuelve a su boca ni por qué sus hermanas están tan asustadas, háblanos, por favor, chiquita, pero ella lo que quiere es llorar, salir del trance en que está; las hermanas la sacuden, la jalan, la quisieran sentar, y un espasmo de alivio le devuelve de pronto la respiración, la noción de que está tendida en alguna parte del patio y la enorme necesidad que tiene de llorar, qué susto, chiquita, ahora sí nos van a pegar, dice Maruca otra vez con un hilito de voz, mientras la atrae y la aprieta contra su pecho, creí que te estabas muriendo, y Ángela Inés se pone a limpiarle meticulosamente con saliva sus brazos, sus codos raspados, ¿no me oías, chiquita?, y cuando su mano llega a la rodilla se escucha el gemido agudo de Pepita, y entonces saben que ahí le duele y

que tal vez algo le ha pasado, y ninguna de las dos sabe qué hacer para que sus gritos, ya para de llorar, ya cálmate, hermanita, no llamen la atención del padre o de la madre, ahora sí papá nos va a encerrar en la galera quién sabe cuántas horas, ya todo pasó, Pepita, ya no llores, por favor, y ya no nos van a llevar al Circo de las Flores ni a la fiesta de La Merced, te digo que te calles, chiquita, ¿no ves que si te oyen nos van a castigar?, y Pepita, entre pucheros y ávidos suspiros, aquí me duele, dice en su media lengua sin moverse y señala la parte de la pierna enrojecida, y el pie que casi no lo siente, no, ése no, el otro, y más pucheros y suspiros. Mejor vamos a echarte lodito en la rodilla, la anima Maruca, pero ya cállate. Sí, ya cállate, replica con suavidad cómplice Ángela Inés, y dirigiéndose a la fogata muerta hecha de pedruscos, mirando de reojo a la ventana de barrotes de madera del taller, recoge un desportillado pocillo de barro, pasa junto a las muñecas descoloridas sin mirarlas y llena el recipiente de ese lodo que se fragua diariamente junto al pozo. Ángela Inés vuelve, se hinca y sopla la parte magullada varias veces como si estuviera avivando un puñado de brasas, no te muevas, chiquita, Maruca le tapa los ojos empozados de angustia, te echo lodito y ya seco te lo quitamos, y Pepita se aprieta al cuerpo de Maruca lo más fuerte que puede, te echo lodito donde te duele y así jugamos a la enfermita, y Ángela Inés le va poniendo, como si hiciera tortitas, una delgada capa de barro, si te empieza a doler te aguantas, nomás no vayas a llorar, chiquita, pero a cada aplicación Pepita tiembla y respinga, yo soy la curandera, que viene de la Vega, te curo los piojitos, te curo las paperas, Pepita gime despacio y masculla algo entre dientes, te curo el mal de ojito y todo lo que quieras, yo soy la curandera que viene de la Vega, y Maruca, con los ojos vagos ¿verdad que no quieres que nos castiguen, chiquita?, piensa otra vez en la galera, en el olor a mundo encerrado, a madera vieja y cascajo, piensa en la oscuridad que envuelve, todas las veces, sus cuerpos reclinados entre tinajeros rotos, no, claro que no, replica de nuevo Ángela Inés con los dedos llenos de lodo, pero Maruca se mira entre los garrafones vacíos y abandonados, y los alteros de huacales des-

vencijados y el montón de tiliches colgados, llenos de telarañas y polvo, apenas iluminados por los hilachos de luz, y, al sesgo, entre las manos que buscan a tientas el candelero inservible, están los ojos verdes de Ángela Inés, grandes, vacunos, parpadeando nerviosos desde el rincón donde siempre se sienta y se pone a rezar glorifica mi alma al Señor y mi espíritu se llenará de gozo, hasta que se recuesta y se queda dormida, ¿verdad que no, chiquita?, y ella, Maruca, se ve a sí misma temblando de frío y de miedo, hincada junto a los restos del arcón viejo, oyendo, ya otra vez, en el palpitante agujero de sus oídos, los sermones del padre preñados de palabras en tzotzil que ella no entiende, figurándose de nuevo las palabras inútiles y sin fuerza de la madre, sólo estaban jugando, Beli, las niñas lo hicieron sin querer, ¿qué no ves?, pero él la cara roja, casi arrastrando a las niñas de las orejas, atravesando el vasto corredor hasta la galera, no soporta que contradigan sus decisiones, tú no te metas, mujer, yo sé lo que hago, mejor ocúpate de la tienda y no andes de alcahueta, que luego tus hijas no me van a obedecer, oyendo, mucho después, durante noches seguidas, a pesar de taparse los oídos con las almohadas, ¿me lo prometes, chiquita?, algo como ratones huyendo por el tejado, como aleteos de colmoyotes en el silencio o como el graznido picado de los zanates que luego revolotean y saltan, ariscos y sedientos, junto al brocal del pozo, y luego, otra vez, noche tras noche, evocando la imagen palpitante en el aire de la puerta chorreada de la galera que se cierra violenta, para siempre, no nos dejes aquí, papacito, infinita en su rechinar de bisagras contra la figura intransigente del padre echando la aldaba, sácanos, mamacita, persiguiéndola tras la noche sin fondo de los sueños despiertos y los gritos despiertos, bajo las cobijas inmensas y el cuerpo húmedo boca abajo, es que tenemos miedo, papacito, dile que fue sin querer, mamacita, pero ambas saben, desde ese mundo de sombras, dile a papá tú también, chiquita, que don Belisario ya no oye, ya no quiere oír, que se encierra como una tapia en su cuarto de trebejos de plata y oro, y que doña Celia con Pepita en los brazos, el llanto quedo y guardado como único recurso, ruega y suplica a

todos sus santos, hincada en el altar saturado de imágenes y reliquias de la trastienda, que llenen de entereza el corazón de sus niñas para que no sufran tanto con esos encierros, que ablanden el corazón de Belisario que, entretanto ella, en descargo, les promete hacer después una penitencia, y luego el aislamiento, la espera larga, las horas muertas, y Maruca angustiada, júralo por lo que más quieras, chiquita, y Pepita asintiendo con la cabeza y los ojos gachos, que sí se lo juraba, prométemelo, chiquita, y ella en su media lengua que sí, que sí se lo prometía.

*2. Dios sabe lo que hace y lo que no hace*

No hay mal que por bien no venga, mi amor. La voz suave y acariciante de doña Celia aleja completamente el mal rato que pasó Pepita en el patio, y aunque no entiende bien todavía lo que la madre quiere decirle con eso, de cualquier forma cree que es algo bueno. Diosito sabe lo que hace, hijita. Cada palabra endereza su ánimo, reaviva el brillo de sus ojos. Él sabe por qué pasan así las cosas, mi ángel. La niña, entre ida y ensimismada, suspira hondo y con sentimiento bajo el olor invasivo del bálsamo azúmbar. No te pongas así, chiquita. Doña Celia habla quedito, melosa, como buscando efectos tranquilizantes, mientras que con las manos abanica las raspaduras para mitigar el ardor del bálsamo: ¿verdad que ya no arde? Miren lo que se ha hecho mi angelito. Pepita, picada por la curiosidad, se inclina en la perezosa. Intenta ver su rodilla, pero luego se arrepiente y recuesta de nuevo sin decir nada. La madre sonríe y la mira enternecida. Aún tienes manchas secas de ese lodo que te pusieron tus hermanas, le dice, limpiando afanosa la pierna con un pedazo húmedo de manta de cielo. La frase, dicha al pasar, no lleva intención, pero pone como en alerta a Ángela Inés y a Maruca que, sentadas en el taburete de piel de tigrillo que siempre está en el rincón de la tienda desde que don Belisario lo puso ahí, miran reconcentradas, expectantes y cansadas como dos sombras claras adosadas al mueble, la forma en que doña Celia, que ha terminado de limpiar, sube y baja la mano una y otra vez, dando

calor a la pierna entumecida. Ahora a ponerte ungüento de estora, mi vida, le dice con una enorme sonrisa, pero en el fondo preocupada por la inflamación que no cede y por cierta rigidez de la rodilla. ¿Y qué es eso, mami?, dice Pepita siempre en su media lengua, abriendo tamaños ojos y tapándose la boca con ambas manos, como esperando lo peor. Después de mirar la expresión de las niñas, ¿y duele mucho, mami?, mete tres dedos en un frasco blanco de etiqueta amarilla y se unta partes iguales de ungüento en cada mano. Ni duele ni nada, chiquita. Y ya verás cómo después te sentirás mejor, y sube y baja las manos con suma delicadeza, y luego hasta podrás correr otra vez, y evita las zonas donde supone se concentra el dolor, y hasta podrás subirte al columpio de nuevo, mi amor, un poco más de ungüento en las manos y sus dedos presionan ahora, con diligencia y ternura, el pie adolorido: doña Celia es una mujer que está enamorada de sus hijas. Son los ángeles que Dios le quiso mandar para que alegraran su vida. Ahora te voy a poner una gasa y calcetas limpias. Las mima hasta el empalago, y cuando las cosas van bien en la tienda les da lo que quieren sin escatimar. Y de la caída de la chiquita ni una palabra a papá, dice en voz baja con aire de estar conspirando, porque si no capaz que las castiga, las encierra en la galera y hasta quita el columpio, y, con el dedo subido y la mirada anhelante, ¿entendido?, se queda a la espera de que las niñas respondan al mismo tiempo, como impulsadas por un mecanismo invisible, sí mami. La fuente de inspiración de doña Celia para amar y educar a sus hijas es la Sagrada Familia y los pasajes edificantes de la vida de los santos de su predilección, temas e imágenes que, hasta donde se acuerda, siempre la han conmovido. La colección de cromos, fotografías y calendarios que hace de ellos (y de cualquier motivo que tenga que ver con vírgenes y santos), es una de sus pocas aficiones de toda la vida, por no decir la única, dado que el rígido ambiente provinciano, la simple vida de casada y la atención de la familia, la casa y la tienda no ofrecen mayores alcances para una mujer como ella que, por otra parte, educada en un medio harto piadoso y conservador, nunca ha tenido pretensiones de

ningún tipo, ni inquietudes que rebasen el ámbito de la vida devota y doméstica –mucho menos el de San Cristóbal de las Casas-, y que desde que se casó con Belisario Aguilar Narváez, joyero de cierto prestigio y amigo de frecuentar los centros sociales coletos más distinguidos, sus intereses se reducen a los que su marido le dicta sobre la base de lo que ambos consideran valores sociales bien entendidos, y que ella acata, humilde y sumisa, sin reservas de ninguna especie. Y aunque la forma de ser y la vida social que lleva don Belisario, de la que casi nada comparte con ella, no se ajusta a su idea de ese esquema familiar, no es algo que la inquiete, pues en aquellas cosas en las que sabe que no puede influir ni cambiar nada, por una falla de carácter o por las razones que sean, es algo que deja, como ella dice, y le enseña lo mismo a sus hijas, a los sabios designios de Dios, pues en su infinita prodigalidad él sabe lo que hace y lo que no hace.

*3. La vida sobre ruedas*

Así que aquella afición de doña Celia, practicada durante muchos años al amparo de una ciega y firme devoción vino a contribuir, cromos más, cromos menos, a que las altas paredes de los dormitorios, de suyo siempre blancas, se vieran un día repletas de imágenes sagradas –previamente rociadas con agua bendita-, enmarcadas y barnizadas impecablemente en madera de madroño o limonero. Ahora, conforme han crecido los improvisados retablos, no faltan los enormes marcos dorados finamente trabajados –por algún ebanista local-, que, como parte de esa devoción, presiden el conjunto bajo un mundo de cortinajes escarlatas y morados. Tardes hay en que doña Celia, sobre todo después de la siesta –la tienda cierra de dos a cuatro-, y frente a las miradas en trance, apacibles, hieráticas y sobrecogidas de los santos y madonas, se pone largo rato con las niñas a contarles aquellos pasajes edificantes de sus vidas, y a explicarles los milagros más conocidos y harto difundidos, ya de por sí, hasta en las más pequeñas parroquias. Así, cuidándose de decir las cosas de manera apropiada, hace un recuento grave y dulcifica-

do desde Santo Domingo de Guzmán hasta el Santo Niño de Atocha, pasando por el Niño Jesús de Praga, la Virgen de la Ternura y de la Candelaria, el Cristo del Santo Entierro y de Santa Lucía, dedicándoles especial atención a Santa Teresita del Niño Jesús, a la Virgen de la Merced y a la de Guadalupe. Otras veces, les enseña el uso y sistema del Rosario, o el conjunto de reglas que toda persona debe aprender y observar para llegar a ser un buen cristiano. Algunas otras, bajo la amorosa guía de la madre, las niñas se dedican a renovar las flores, a reponer las lajas de incienso de las urnas, a desechar las viejas veladoras que sean apagado solas o que están a punto de acabarse; a desconchar los restos de cera y a recoger los pétalos desperdigados sobre los mantones tejidos con figuras de ángeles cargando ramilletes de rosas, y volando sonrientes, con sus mejillas sonrosadas y sus rulos dorados, en dirección al cielo. Luego de que cada altar queda hecho, Maruca y Ángela Inés sacuden el par de reclinatorios y los grandes candelabros con trapos húmedos, y Pepita, con una jícara de agua se dedica a regar el piso de cada habitación. Complacida, bajo el frío asedio crepuscular de las tardes sancristobalenses, doña Celia, gozando del alivio espiritual que todo aquello le produce, disfruta también esos instantes en que la humedad de la madera se mezcla a los vaivenes humeantes del incienso y al olor difuso, de iglesia, de las veladoras, y entonces siente que la vida, o al menos la de ella y la de sus hijas, marcha sobre ruedas.